

Etapa 8. Barca d'Alva - Almendra

2 de enero de 2020

No hay carretera asfaltada para ir de Barca d'Alva a Almendra. Existe un camino ancho, de tierra, que serpentea entre olivos, nace en la N221 y llega hasta la N222 con un nombre curioso, Rua do Prado pequeno. Como si le hubieran crecido las responsabilidades con el tiempo.

Para volver a recoger el coche que dejábamos al principio de la etapa tendríamos que hacer una uve de casi 40 km con el vértice al sur, Figueira de Castelo Rodrigo. La idea del señor del bar de Barca era buena. Como éramos cuatro, podíamos ir por el camino llevando el coche uno mientras los otros tres caminaban, turnándonos en el papel de chófer. Salvo yo, claro.

Decidimos irnos los cuatro andando. Javi, que hizo la primera etapa conmigo, Manolo Amores, que hizo la tercera y Eloy, de estreno. En vez de tomar la Rua do Prado pequeno en la N221 cogimos un pequeño atajo para pillarla un poco más adelante.

La etapa parte desde los 140 metros de altitud y llega a los 450 metros en Almendra. Las cuestas y las bajadas se suceden desde el principio para desconsuelo de Manolo, que en la primera subida acentuada se nos quedó demasiado atrás. Se había levantado a la crítica, apenas había desayunado un café y, además, le debieron salir todas las fiestas navideñas a media ladera. Le vimos tan perjudicado que le sugerimos que se volviera, cogiera el coche y nos esperara al final. Pero el machote que lleva dentro dijo que no. Le dimos unas almendras tostadas de todas formas.

Nos internamos, pues, en el Portugal vacío. Coincide esta caminata con mi lectura en estos días de un libro estupendo: Lugares fuera de sitio, de Sergio del Molino. Nos recuerda que “las zonas al este y al oeste de la Raya son las más despobladas de la península, especialmente las del norte”. Más adelante, al encontrarnos la versión asfaltada de la Rua do prado pequeno, que ofrece la posibilidad, girando a la derecha, de ir a la estación de tren de Almendra, ya abandonada, junto al Duero, volveré a citarle.

Más que niebla, eran nubes bajas las que delimitaban las colinas repletas de hileras de olivos perfectamente dibujadas. Las distintas direcciones de esas filas según su situación en cada loma marcaban el ritmo del paisaje. La luz apagada, mate, de documental serio, mejoraba la fotogenia de las contadas casas sueltas ya abandonadas. Diría que los olivos estaban atendidos aunque quedaban restos de aceitunas en sus ramas, y los caminos estaban cuidados, pero no vimos a nadie hasta tocar asfalto.

Al poco rato nos perdimos. La experiencia de Javi como boy scout y mi consulta del Runkeeper resultaron inútiles. Pero en esos dos km comimos una naranja cada uno de un naranjo portugués, pasamos al lado de más casas con sueños gastados,

descendimos por un valle en el que el arroyo dejaba a la vista rocas del Cámbrico, el xisto portugués, vimos una ladera con nubes agarradas en la parte de arriba y líneas paralelas de olivos que separaban lo que parecían pistas de esquí sin nieve. Y nos paramos a decidir qué hacíamos porque nos habíamos separado del camino previsto. Como luego vimos, con wifi decente en casa, podríamos haber continuado hacia adelante porque, será por caminos, había soluciones para recuperar nuestra Rua do Prado pequeño. La conexión de datos era muy pobre y optamos por desandar los dos km ante la falta de certezas.

El camino nos obligaba, felizmente, a alejarnos del paralelo 41 y acercarnos al Duero, a otra de sus curvas de ballesta. Tras las lluvias de aquellos días aparecía marrón y pelín triste. Entre el río y nosotros, allí abajo, se veía la línea de tren abandonada que une Pocinho con Barca d'Alva. Sesión de fotos con especial mención a la cinta para el sudor que se puso Eloy. Al coger el palo para caminar como si fuera una guitarra nos recordó al mismísimo Mark Knofler.

“No es una lengua, ni un carácter, ni una organización social, ni una ley, ni una cultura. Ni siquiera es un territorio. Un país son sus buzones, sus papeleras, sus tipografías de carteles, sus señales de tráfico y su forma de pintar las calles.” Le agradezco a Sergio del Molino que convierta en palabras, en su obra citada, una sensación que siempre he tenido al visitar otro país, y especialmente en Portugal, que es el extranjero que tenemos más a mano.

Los adoquines que rellenan los arcones en las carreteras nacionales portuguesas antiguas son Portugal, siguiendo a Sergio del Molino. Lo son por ser una peculiar forma de perfilar una calzada y lo son porque asumir una tarea semejante, tantos kilómetros de mosaico, parece proclamar que no hay prisa, despacito y buena letra, una manera de vivir a la portuguesa.

El Google Maps dice que seguíamos en la Rua do Prado pequeño versión asfalto, pero el mojón, pintado, no hace mucho, en blanco, que cubría las letras labradas ESTACAO DE ALMENDRA, y negro, decía nítidamente que estábamos en el km 4 de la N332. A estas alturas Javi y yo nos habíamos quedado sin batería en los teléfonos y los de Manolo y Eloy no tenían datos móviles. Pero a poca distancia del hito citado un señor mayor que nosotros tenía una furgoneta vieja aparcada al borde de la carretera y atendía medio agachado uno de sus olivos. Bom dia, ¿cuántos kilómetros faltan para Almendra? Cuatro... ¡o cinco!, nos voceó mientras lanzaba un manotazo al aire en dirección al pueblo sin llegar a incorporarse del todo.

La niebla había bajado. La carretera comenzaba a tirar hacia arriba a partir del Santuário de Nossa Senhora do Campo, una capilla con un entorno muy cuidado a la orilla de un arroyo y un estanque del que despegó un cisne negro cuando pasábamos a su lado. Manolo se quedó haciendo unas fotos, Eloy le esperó y Javi y yo echamos a andar a un ritmo más elevado, pensando que en cuatro kilómetros no íbamos a sacar mucha distancia.

La carretera seguía empinándose entre la niebla, no pasaba ningún coche y los puntos kilométricos se sucedían. Seis, siete, ocho... Los camiones trabajando de una mina a cielo abierto eran lo único que se movía por allí aparte de nosotros. Rompían las colinas buscando componentes de la pegmatita, hasta ahora para su uso en la fabricación de cerámica, pero en la actualidad faenaban metidos de lleno en la fiebre del litio.

Decididamente, la carretera no dejaba de subir y ya habíamos visto los kilómetros nueve y diez. A Manolo y Eloy no se les veía por detrás, nosotros esperábamos divisar las primeras casas de Almendra a la vuelta de cada curva que se anunciaba más adelante a través de la niebla. Esta desorienta tanto que no éramos conscientes de que una carretera que distinguíamos por debajo de nosotros era la que acabábamos de recorrer.

Alcanzamos finalmente la N222 que conecta con Vila Nova de Foz Coa. Un kilómetro más adelante entrábamos en Almendra sobre las dos y cuarto, las tres y cuarto en España. No nos detuvimos a ver el soberbio palacio del siglo XVIII, medio derruido por dentro, que sorprende encontrar en un pueblo tan pequeño y tan separado del mundo. No podíamos hablar con Manolo y Eloy, no sabíamos cómo andarían, nunca mejor dicho, y no teníamos manera de avisar a un taxi de Figueira de Castelo Rodrigo, puesto que en Almendra, según mi documentación previa, no había.

Un perro se asomó a ladrarnos antes de llegar a la plaza de la iglesia. Seguíamos sin ver a nadie. La niebla se mantenía. En la praça do pelourinho había unos cuantos vehículos. A la derecha del busto dedicado a D. Manuel, rei do Portugal e do Algarve, una furgoneta blanca con asientos para nueve personas estaba prácticamente pegada a una casa con un balcón que sobresalía apenas por encima de ella. La cerradura de la puerta tenía la llave puesta.

Javi dijo que sería el taxi, que llamáramos. Mientras esperábamos que contestara alguien vi que la matrícula era de Bulgaria, así que de taxi nada. Se asomó al balcón un hombre moreno, de cara ancha, como de unos cincuenta años. Le preguntamos, en portugués, si podía llevarnos a Figueira después de recoger a dos amigos. Nos miró un instante, nos hizo saber que no nos entendía y se metió para llamar a alguien. Apareció un niño, de unos diez años y aire despierto. Le hemos dicho a tu padre... Es mi avô (abuelo en portugués). No tardó en comprender lo que queríamos. Entró a informar a su abuelo y, mientras, salieron al balcón dos niñas de seis o siete años a ver qué jaleo era ese.

Nuestro conductor bajó tras aceptar el encargo. Le preguntamos que cuánto y él aventuró a decir veinte euros. Javi subió delante y yo en la segunda fila. Por dentro el coche denotaba su edad, mucha, y poca preocupación por el orden y la limpieza. Arrancamos, sonó música árabe al instante, el frasquito de un líquido transparente colgado del retrovisor central comenzó su bamboleo y nuestro chófer cogió las calles por donde habíamos llegado nosotros con esa forma de conducir *nunca pasa nada*.

Temí que, a esa velocidad, entre la niebla, por la estrecha rua do Prado pequeno, acabaría atropellando a los que íbamos a buscar. Pero Manolo y Eloy ya caminaban por la recta previa a Almendra. Al frenar y abrir la puerta, el humo de aceite quemado se metió en el coche. Vuelta y a disfrutar de los 17 km porque podían ser los últimos. La única preocupación del señor búlgaro era frenar de vez en cuando el balanceo del frasquito abrigándolo con su mano derecha. La velocidad a la que cogía las curvas o el humo que salía del motor no le inquietaban. Javi le dijo “humo” señalando más allá del parabrisas. Él sujetó otra vez el frasquito y dijo: ¿Jumo? Y Javi, un hombre de mundo muerto de miedo utilizó un recurso infalible para hacerse entender. Repitió dos veces: humo, humo. Esta vez el truco no funcionó.

Llegamos contra todo pronóstico a Figueira. Le pagamos treinta euros en vez de veinte por la alegría de estar vivos. Conocimos un restaurante nuevo, el A Cerca estaba cerrado, el Arco Iris. Nos atendieron por poco porque eran casi las tres portuguesas. Comimos un bacalao à bràs y un borrego excelentes, conocimos la variedad de uva siria, cogimos un taxi de verdad, mucho más aburrido y volvimos por Vitigudino, la última vez en este camino hacia el mar.